

DE LA RAZÓN DE UNA VIDA A UNA SOCIEDAD IGUALITARIA

que no pierde el glamour

Un contrapunto entre los libros de Eva Perón y de la economista Mercedes D'Alessandro actualiza un debate sobre los roles que la mujer ha ido ocupando en la sociedad argentina.

Claudia Torre

Dirige la carrera de Letras en la Universidad Nacional de Hurlingham y es Jefa de redacción de *La Perla del Oeste*.

Fotografía: Pinéldes Fusco
Quinta de San Vicente,
provincia de Buenos Aires, 1948.





En el Capítulo XXXII de *La razón de mi vida* titulado “Memoria, caridad o beneficencia”, podemos leer que Eva Duarte de Perón ha conseguido hacer su trabajo de ayuda social, sin caer en lo sentimental ni dejarse llevar por la sensiblería. Ante las críticas a su tarea, por parte de sectores opositores (los de “la vereda de enfrente” como dice el texto), señala que no le importa lo que se piense de ella o de su obra, pero que le causa gracia la discusión cuando no se ponen de acuerdo en la definición del trabajo que hace, porque no es “filantropía”, ni “caridad”, ni “limosna”, ni “solidaridad social”, ni “beneficencia” y ni siquiera “ayuda social”. Evita señala que este último es el nombre que describe esa tarea de manera aproximada, aunque el que ella prefiere es “justicia” y la justicia se debe administrar públicamente.

Eva Perón, en los últimos años de su corta vida quiso hacer un libro que finalmente quedó titulado como *La razón de mi vida*. Para ello contrató al escritor y diplomático español Manuel Penela de Silva, quien redactó los relatos orales de Eva. Una vez terminado el manuscrito, Eva procedió a hacer todo lo que se hace con un *ghostwriter*: ser su lectora y su correctora. Pero el resultado de la empresa no termina ahí. El libro lo publicó la editorial Peuser en octubre de 1951; asistieron a la presentación, en el auditorio de la editorial, el general Perón y el poeta Horacio Rega Molina. Eva estaba tan enferma que no pudo asistir. Murió un año después. Pero el libro que se presentó en aquella oportunidad no fue el manuscrito leído por Eva. Con el ardid de corregir los españolismos que pudiera tener, el texto fue intervenido para ser convertido en un “texto oficial”. En efecto, el Ministro Mendé, el Secretario de Prensa Apold y el Gobernador Aloé, re-escribieron partes, eliminaron palabras, intervinieron sintaxis y quedó entonces lista *La razón de mi vida* que al día siguiente de presentarse vendió 150.000 ejemplares en unas pocas horas.

Testamento político, “pastiche literario”, copia dactilográfica, edición oficial, confidencia sentimental, memoria de vida y muerte, libelo sobre lo que los varones alfa le dejaron hacer a una líder descomunal, dispositivo de captura de la razón justicialista, *La razón de mi vida* resulta de este modo un objeto extraño y de autorías múltiples. La pregunta es ¿por qué leer-considerar un libro así? ¿Es un libro de pura impostura! No obstante, su contenido registra un estado de situación y quisiera tomarlo así como se me presenta y poder pensar sus enunciados sobre el trabajo, en particular sobre el trabajo doméstico.

En el Capítulo II titulado “Una idea”, se señala que a cada mujer que se case se le debería dar una asignación mensual desde el día de su matrimonio. Un sueldo que pague a las madres de toda la Nación y que provenga de los ingresos de todos los que trabajan en el país, incluidas las mujeres.

La razón de mi vida fue publicado por la editorial Peuser en octubre de 1951; asistieron a la presentación, en el auditorio de la editorial, el general Perón y el poeta Horacio Rega Molina. Eva estaba tan enferma que no pudo asistir. Murió un año después.

Ella advierte que nadie dirá que no es justo que se pague un trabajo que aunque no se vea requiere cada día el esfuerzo de millones y millones de mujeres, cuyo tiempo y cuya vida se gasta en esa monótona pero pesada tarea de limpiar la casa, cuidar la ropa, servir la mesa, criar a los hijos, y más. Eva avanza más en el asunto y llega a plantear que aquella asignación podría ser inicialmente la mitad del salario medio nacional, y así la mujer ama de casa, “señora del hogar”, tendría un ingreso propio ajeno a la voluntad del hombre. Luego podría añadirse a ese sueldo básico los aumentos por cada hijo, mejoras en caso de viudez, pérdida por ingreso a las filas del trabajo, en una palabra, todas las modalidades que se consideren útiles a fin de que no se desvirtúen los propósitos iniciales. Más adelante, en ese mismo capítulo, Eva dice que “solamente así” la mujer podrá prepararse para ser esposa y madre, tal como se prepara para ser dactilógrafa. Señala también: “No se trata de devolverle al hogar un prestigio que nunca tuvo, sino de darle el que nunca conoció”.

Hay muchas cosas para remarcar en estas líneas. En primer lugar la idea de sueldo para, lo que hoy llamamos, trabajo reproductivo; en segundo lugar, la idea de un sueldo ajeno a la voluntad del hombre, aunque no a una política pública estatal; en tercer lugar, la analogía con la figura de la dactilógrafa que nos habla de un imaginario de profesionalización del trabajo en la casa: prepararse para trabajar en la casa como prepararse para trabajar en la oficina, me envía incluso al escenario del trabajo en pandemia. La casa-oficina, la domesticidad hibridada con la vida laboral.

Eva, en este capítulo, termina diciendo “De nada

nos valdría un movimiento femenino organizado en un mundo sin justicia social”. Esta idea es ciertamente muy provocadora, puesto que desafía los principios de organización de los movimientos sociales vinculados a los feminismos (y hoy agregamos a la diversidad sexual). No podemos saber con precisión si esta hipótesis le pertenece a Eva, a su redactor, a su reescritura, a sus censores y auditores... Los dispositivos de enunciación se nos escurren de las manos cuando los queremos comprender. Pero más allá de esto, hay un presupuesto allí ciertamente incómodo: que los movimientos de mujeres podrían organizarse (o se han concebido) como idea de sectores medio-burgueses (no oligarcas puesto que Eva a la oligarquía no le asigna ningún valor que no sea la falta de solidaridad y el egoísmo de sólo pensar en sus beneficios de clase). El texto desconfía un poco de los movimientos de mujeres a pesar de que, desde las sufragistas del siglo XIX, siempre en la calle y en la política, las anarquistas de principio del siglo XX, y las obreras y empleadas de los años 40, del siglo XX, que iban a sus trabajos, padecieron y denunciaron la explotación laboral.

Ahora bien, así como podemos pensar en qué posición se colocaba Evita respecto de los movimientos de mujeres y también observar su deseo de conducirlos, también vemos que la expectativa de Eva no era simplemente la de garantizar a las mujeres una vida privada mejor, más bien su ojo apunta a una esfera que se expande en círculos concéntricos:

“Nosotras estamos ausentes en los gobiernos. Estamos ausentes en los parlamentos. En las organizaciones internacionales. No estamos ni en el Vaticano ni en el Kremlin. Ni en los Estados mayores de los imperialismos. Ni en las “comisiones de energía atómica”. Ni en los grandes consorcios. Ni en la masonería, ni en las sociedades secretas. No estamos en ninguno de los grandes centros que constituyen un poder en el mundo. Y sin embargo estuvimos siempre en la hora de la agonía y en todas las horas amargas de la humanidad”.

Mercedes D’Alessandro, en su libro *Economía feminista, Cómo construir una sociedad igualitaria (sin perder el glamour)* (2016), reflexiona sobre una descripción muy frecuente... “mi papá es ingeniero y mi mamá no trabaja, es ama de casa”, y se pregunta cuándo las mujeres empezaron a incorporarse masivamente al mercado laboral con su principal punto de conflicto: la idea de que ser ama de casa implica un no trabajo.

Lavar, planchar, sacar piojos, preparar la cena. D’Alessandro dice que, en la Argentina, 9 de cada 10 mujeres hacen estas labores domésticas, hayan entrado o no al mercado laboral, sean o no estudiantes, o graduadas universitarias.

Como si un atributo natural de la femineidad fuera: lavar, planchar, sacar piojos, preparar la cena, llevar a la tía vieja al médico.

D’Alessandro dice que, en la Argentina, 9 de cada 10 mujeres hacen estas labores domésticas, hayan entrado o no al mercado laboral, sean o no estudiantes, o graduadas universitarias. Y llega hasta el fenómeno de la robotización, alertando de no entusiasmarnos por una supuesta fuerza igualadora entre mujeres y varones, sino más bien nos pide que estemos dispuestas a deshacernos de una división del trabajo vieja “que incluso está vigente cuando imaginamos el futuro”.

Si comparo ambos libros, el de la economista joven y académica, primera generación de universitarios de su familia, que escribió su libro en New York y tuvo gran éxito editorial (publicado por Penguin Random House y por Sudamericana), con el de la esposa de un presidente que lo pensó como una memoria de su trabajo en la esfera pública —en el último tramo de su enfermedad terminal y no pudiendo acceder a las intervenciones posteriores, cuando el libro iba camino a sus lectores—, compruebo que, mientras que el libro de Eva es proyectivo, imagina una política de Estado sobre la vida de las mujeres trabajadoras, el libro de D’Alessandro vuelve al pasado para interpelar los sueños redentores y mostrar sus reveses.

Un continuo como cinta de Moebius: el gesto de la empleada que sirve la leche con galletitas a los hijos de la maestra que está en el aula, y enseña a los hijos de la empleada que sirve la leche con galletitas a los hijos de la maestra que está en el aula...

Somos parte de ese anillo infinito de trabajos, horas y personas. ■